

ORDENACIÓN DIÁCONO
Parroquia Virgen del Alba
Domingo 2º del T.O. (B)

Queridos hermanos sacerdotes, querida comunidad de misioneros del Verbo Divino, queridos hermanos y hermanas, y muy particularmente querido Enmanuel que dentro de unos momentos vas a recibir el sagrado orden del diaconado.

Hoy es un día muy feliz para los misioneros del Verbo Divino y para toda la Iglesia. Un día de alabanza a Dios y de acción de gracias por los muchos dones que el Señor derrama continuamente sobre nosotros. Especialmente damos gracias a Dios por haber llamado a este hermano nuestro al ministerio diaconal y por la respuesta generosa que él ha dado al Señor; damos gracias por sus familia, que hoy vive con gozo, lejos de aquí, este momento. Ha sido en el seno de una familia cristiana donde ha nacido y ha crecido su fe. Y damos gracias por sus formadores y superiores que durante varios años le han ido preparando en su camino al sacerdocio.

A ti, querido Enmanuel, quiero dirigirme de una manera más directa en este momento. Hace unos instantes, tu superior ha pronunciado tu nombre. Y tu te has levantado mientras decíais: “aquí estoy”. Después dirigiéndose a mí me ha pedido, en nombre de la Santa Madre Iglesia, que te ordene diácono. Y yo, representando sacramentalmente, en este momento, a Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, he respondido diciendo como acabáis de oír: “ *Con el auxilio de Dios y de Jesucristo, nuestro Salvador, elijo a este hermano nuestro para el Orden de los diáconos*”. Es Jesucristo quien te ha elegido. Es el Señor quien te llama. Se están cumpliendo ahora, las palabras del Señor a los apóstoles en la última Cena: “ *No me habéis elegido vosotros a mí, sino que Yo os he elegido a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda*” (Jn. 15,16). La conciencia de esta elección, la seguridad de haber sido gratuitamente llamado por Él y la certeza de que tu oración será, en toda circunstancia, escuchada ha de llenar tu vida, para siempre, de una inmensa gratitud, y de un gozo desbordante, que nada ni nadie te podrá arrebatarse; y de un deseo muy grande de cumplir la misión para la que Él te ha destinado. Es verdad que esa elección del Señor se ha ido manifestando poco a poco. Un día sentiste que Dios te llamaba para algo especial. Más tarde, con la ayuda de tus formadores, esa llamada fue madurando. Y hoy esa llamada es confirmada por la Iglesia con la autoridad del Señor. No tengas ningún temor. Hoy vais a recibir la gracia del Espíritu Santo para

cumplir la misión que Jesucristo y la Iglesia te confían y para dar fruto abundante. Y lo que el Señor ha comenzado en ti, Él mismo lo llevará a término.

Tu misión consiste en estar donde está el Señor. Y estar como servidor: seguir al Señor como servidor de Dios y de los hombres. *“Si alguno me sirve, que me siga, y donde esté yo, allí estará también mi servidor. Y mi Padre le honrará” (Jn.12,26)*. Y estar con Jesús es estar en la gloria del Padre, es decir, en la presencia y en el amor del Padre. Y, con el Padre por medio de Jesucristo y por el don del Espíritu Santo, estar con los hombres, haciendo presente entre ellos el amor infinito de Dios: haciendo presente entre los hombres la misericordia entrañable de un Dios que, como dice el salmo 112,: *“Levanta del polvo al desvalido, alza de la basura al pobre, para sentarlo con los príncipes, los príncipes de su pueblo...”* Un Dios que *“ a la estéril le da un puesto en su casa como madre feliz de hijos ”*

En nuestro mundo, aparentemente opulento y lleno de bienestar, hay muchas necesidades y también, como dice el salmo, hay mucho desvalimiento. Está el desvalimiento y la pobreza de muchos hermanos nuestros que viven en situaciones verdaderamente críticas por su falta de recursos materiales, o por su desarraigo familiar, o por su situación de emigrantes recién llegados sin papeles y sin trabajo, o por tantas y tantas causas que conducen a la marginación y a la indigencia. Pero hay también otro desvalimiento, del que se habla menos y que incluso intenta taparse, el desvalimiento espiritual: la falta de valores espirituales y morales, el desconcierto de muchas familias que no saben cómo educar a sus hijos o la confusión de muchos jóvenes que no sabe qué hacer con su vida; y que se ven diariamente engañados por falsos paraísos de felicidad, que dejan el corazón vacío y una triste sensación de estar malgastando la vida.

Querido Enmanuel hoy la Iglesia os elige, te llama, te enriquece con el don del Espíritu Santo y te envía como diácono para que, en medio de este mundo, como servidor del evangelio, anuncies a Jesucristo, Salvador y Redentor, luz del mundo, en quien el hombre descubre su dignidad, su vida se llena de esperanza y el mundo entero adquiere para él consistencia y armonía.

En la oración propia de la ordenación de diáconos la Iglesia pide a Dios por ti con estas palabras: *“Oh Señor concede a este hijo tuyo que has elegido hoy para el ministerio del diaconado, disponibilidad para la acción, humildad en el servicio y perseverancia en la oración”*. Esto es lo que la Iglesia quiere de ti: disponibilidad, humildad y perseverancia. Una

disponibilidad que te llene de ardor apostólico y te haga estar siempre muy atento a las necesidades de los hombres y a las orientaciones magisteriales de la Iglesia; una actitud humilde que te haga reconocer con gratitud, cada día, que todo lo que tienes lo has recibido de Dios, y mucha perseverancia: siendo constante en la oración y paciente en el trabajo apostólico, soportando las debilidades humanas, propias y ajenas, y buscando siempre, no el propio provecho, sino el bien de aquellos que la Iglesia te ha confiado.

Y en la Plegaria de ordenación la Iglesia pide al Señor por los diáconos para que *“resplandezca en ellos un estilo de vida evangélico, un amor sincero, solicitud por los pobres y los enfermos, una autoridad discreta, una pureza sin mancha y una observancia de sus obligaciones espirituales”*

A partir de ahora, fortalecido con el don del Espíritu Santo, tienes, como diácono, la misión de ayudar al Obispo y a su presbiterio en el anuncio de la Palabra, en el servicio del altar y en el ministerio de la caridad. Muéstrate siempre como servidor de todos: que vean en ti al mismo Cristo, que se mostró, en el lavatorio de los pies, servidor de sus discípulos, enseñándonos que *“el que quiera ser grande ha de convertirse en servidor... como el Hijo del hombre que no ha venido a ser servido sino a servir y dar su vida como rescate por muchos”* (Mt. 20,26-28). Cuando exhortes a los fieles, en la catequesis o en la homilía transmitiendo fielmente la fe de la Iglesia; o cuando presidas las oraciones, administres el bautismo, bendigas los matrimonios o lleves la comunión a los enfermos, que, en todo momento, sea el mismo Cristo quien actúe en ti, que te sientas siempre instrumentos del Señor, hasta el punto de que el mismo Señor pueda decirte al terminar cada jornada, como al servidor de la parábola: *“Siervo bueno y fiel, en lo poco has sido fiel, te pondré la frente de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor”*(Mt. 25,23)

El ministerio del diaconado es un carisma, es un don del Espíritu. Pero es un don, no para ti, sino para la Iglesia, para el bien de la Iglesia, para la edificación del Cuerpo de Cristo. Acoge este don con mucho amor:

* Acoge este don haciendo de Jesucristo el centro de tu vida, en quien todo adquiere sentido y consistencia. (cfr. Col. 1,17). Que la Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor, el sacramento de la reconciliación y la liturgia de las horas, sean el alimento de tu fe. Vive como Él vivió, dando la vida por los demás, siendo seguidor fiel de Aquel que nos dijo: *“Yo soy el buen pastor; y conozco a mis ovejas y las mías me conocen... y doy mi vida por las ovejas... nadie me la quita yo la doy*

voluntariamente” (Jn.10,14.15). El celibato, imitando a Jesucristo célibe, será para ti símbolo y, al mismo tiempo, estímulo para vivir la caridad pastoral y fuente de una especial fecundidad apostólica. Acepta el carisma del celibato como una regalo de Dios y señal de una particular intimidad con Él. Por tu celibato te resultará más fácil consagrarte, sin dividir el corazón, al servicio de Dios y de los hombres y con mayor facilidad serás verdadero ministro de la gracia divina.

* Acoge el don de este ministerio que la Iglesia te confía, abrazando la cruz. No son tiempos fáciles. Lo sabemos. Recibe como dirigidas hoy a ti, las palabras de Pablo a su joven discípulo Timoteo: *“Haz memoria de Jesucristo el Señor, resucitado de entre los muertos... por el que sufro hasta llevar cadenas como un malhechor. Pero la Palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna” (2 Tim. 8-13*

* Y finalmente, acoge este don de Dios, en todo momento, con un corazón agradecido y gozoso, como aquel el samaritano que al sentirse curado por el Señor, *“se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias” (Lc.17,15).*

El evangelio de hoy, como acabáis de escuchar, nos presenta el encuentro del Señor con los primeros discípulos. Podríamos decir que, en este pasaje, el evangelista S. Juan ha querido presentarnos el proceso completo de una vocación. Y, más aun, el proceso de toda vocación. Ha querido decirnos qué es lo que sucede cuando el Señor nos llama a una misión. Todo empieza con una mirada y una pregunta: *“Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les preguntó: ¿qué buscáis?”*. Una mirada llena de amor dirigida a unos hombres que sienten en su corazón, quizás sin saberlo, un gran deseo de conocerle: *“Maestro ¿dónde vives?”*. Y Jesús corresponde a ese deseo con una invitación : *“Venid y lo veréis”*. Y los discípulos, sin dudarlo: *“fueron, vieron donde vivía y se quedaron con Él aquel día”*. Venir, ver y quedarse son los tres verbos del discípulo, son los tres verbos de la experiencia vital del evangelio. Quien ha acepta ir, termina viendo y, cuando ha visto, ya no desea sino quedarse, es decir, compartir para siempre la Vida de Aquel que por puro amor se ha dejado ver.

Vemos nuevamente que todo el proceso de la vocación nace de la iniciativa de Jesús. *“No me habéis elegido vosotros a mi, sino que Yo os he elegido a vosotros”*. Es el Señor el que llama. Pero esa llamada sólo encuentra respuesta en aquellos que, como los apóstoles, buscan la verdad,

buscan un sentido en sus vidas y, confiando en el Señor, aceptan la novedad de la llamada divina, con todo lo que esa llamada tiene, de ruptura con una vida alejada de Dios y con un modo de vivir, en muchos casos, muy diferente del plan de Dios.

Que en este día, todos lo que participamos con gozo en esta celebración caigamos también en la cuenta de que toda vida es vocación. Toda vida es llamada de Dios y respuesta del hombre. Dios puede llamar a tareas muy diversas; pero todas tiene la misma finalidad: alabar a Dios y servir a los hermanos Porque en esa alabanza y en ese servicio el hombre encuentra su felicidad.

Coincide también la celebración de hoy con el día de las migraciones. El hecho de que sea un hermano indonesio quien reciba el sagrado orden del diaconado es un signo de la universalidad de la Iglesia. En la Iglesia no hay extranjeros. Todos somos hermanos. Y Todos juntos, como, dice el lema de la jornada de las migraciones, hemos de construir un mundo nuevo.

Ponemos nuestra mirada en María pidiendo su protección. El evangelio nos dice el Señor en la cruz nos la entregó como Madre. A partir de aquel momento la madre del Redentor se convertía también en la Madre de los redimidos por la sangre de su Hijo. Que la Virgen María acompañe con cuidado maternal a quien hoy va a ser ordenado diácono y a todos los que participamos en esta celebración. Y que nuestra actitud sea siempre ante Dios como la de la humilde servidora del Señor, dócil a su Palabra para que siempre reconozcamos y proclamemos con gozo las maravillas de Dios.